

El Ars Moriendi

En la Edad Media, el ‘Tiempo de Muerte’ se iniciaba cuando la persona sentía la llegada inminente de ésta. Por eso, en su agonía, el moribundo era asistido y acompañado. Situación que el *Ars Moriendi* en el siglo XV vendrá a regular y fomentar. Quien asiste al difunto, no sólo le acompaña con su presencia: también procura su tranquilidad, reza por el destino de su alma e invita al enfermo a dejar resueltos sus asuntos terrenales, mediante la confección de un testamento, si aún no lo ha hecho; y a prepararse para morir en Gracia con Dios, facilitándole y fomentándole la administración de sacramentos. “*Bien morir es recibir la muerte con paciencia y acomodar la propia voluntad a la de Dios.*”¹

Ya en la era carolingia era posible encontrar prácticas litúrgicas de asistencia a los moribundos. Pero es sólo en el siglo XV con los *Ars Moriendi* cuando esta práctica es tratada en forma específica y con gran detalle. Talvez, debido a una mayor inquietud por tener una buena muerte, después de un siglo donde ésta estuvo más presente que nunca, con las guerras, hambrunas y sobre todo, por la Peste, responsable de gran cantidad de muertes prematuras, impredecibles y, para la mentalidad medieval, ‘antinaturales’.²

Así describe Philippe Ariès en *El hombre ante la muerte*, la escena presentada por los *Ars Moriendi*:

*“El enfermo va a morir. Al menos lo sabemos por el texto donde se dice que está crucificado por el sufrimiento. No aparece apenas en las imágenes en que su cuerpo no está muy enflaquecido, en que todavía conserva la fuerza. Según la costumbre, la habitación está llena de gente porque siempre se muere en público. Pero los asistentes no ven nada de lo que pasa, y por su parte el moribundo no los ve. No es que haya perdido el conocimiento. Su mirada se centra con una atención feroz en el espectáculo extraordinario que es el único en vislumbrar, seres sobrenaturales han invadido su habitación y se apretujan a su cabecera. A un lado, la Trinidad, la Virgen, toda la corte celestial, el ángel guardián; al otro Satán y el ejército monstruoso de los demonios. La gran asamblea del enfermo. La corte celestial está ahí, desde luego, pero ya no tiene todas las apariencias de una corte de justicia. San Miguel ya no pesa en su balanza el bien y el mal. Ha sido reemplazado por el ángel guardián, más enfermero espiritual y director de conciencia que abogado o auxiliar de justicia.”*³

La muerte se presenta entonces, como la última batalla que debe librar el ser humano, para ganar la salvación de su alma. Su enemigo son las tentaciones ofrecidas por los demonios, conocedores de su debilidad, y su aliado el ángel de la guarda, quien le ofrece las buenas inspiraciones para enfrentar los malos pensamientos.

¹ Martínez Gil, Fernando; *Del modelo clerical a la Contrarreforma: La Clericalización de la muerte; en Ante la muerte. Actitudes, espacios y formas en la España medieval*, pág. 222

² Dualow, Donald F., *Dying Well: The Ars Moriendi and the Dormition of the Virgin*; en *Death and Dying in Middle Ages*, pág. 179

³ Ariès, Philippe; *El hombre ante la muerte*, Taurus, Madrid, 1983, pág. 97

Francisco Gago, editor de la reedición del *Arte de Bien Morir* consultado, explica cómo este Manual de la Buena Muerte, a pesar de ser un compendio de la tradición cristiana acerca de la muerte, no puede considerarse un tratado teológico, ya que la profundidad alcanzada no es la suficiente. Además su objetivo era otro, más bien práctico: “*Su lectura servía, no tanto para mitigar el miedo al dolor físico de la muerte, como para eliminar en la medida de lo posible el trauma moral y espiritual experimentado en el lecho de muerte.*”⁴

Los *Ars Moriendi* surgen en el siglo XV, en el entorno del Concilio de Constanza. Recogiendo la tradición anterior, son tratados que fomentan una actitud pacífica y positiva ante la muerte, considerando que un buen morir es clave para alcanzar la salvación, “*un manual o método para aprender a morir bien, esto es, cristianamente, en paz, serenidad, gracia de Dios, con garantía de salvación.*”⁵

La muerte es inevitable para todos y, con la crisis, las epidemias y las guerras, está cada vez más presente. Se hace cada vez más necesario el prepararse para que el momento no pille a sus víctimas desprevenidas. Así surgen estos *Ars Moriendi*, para fomentar la preparación para una buena muerte. “*Morir se convertía en un verdadero arte que había que aprender para superar de modo airoso la prueba y evitar las asechanzas del demonio, pues éste trataba de aprovechar por todos los medios la última oportunidad de inclinar a un alma hacia el mal.*”⁶

A raíz del Concilio de Constanza (1414-1417), que terminó con el Cisma de Occidente y permitió que la Iglesia recuperara su misión pastoral, comienza a circular el *Ars bene moriendi*, de autor anónimo. Gracias a la imprenta, a la condena de herejías y a la normalidad recuperada tras el Cisma, tuvo gran difusión. Además, contribuyó en su éxito lo trascendente del tema, la brevedad de su texto, el dramatismo con que describe y representa con dibujos las tentaciones, y la claridad con que presenta la auténtica actitud cristiana ante la muerte, en un clima optimista y de confianza en la salvación.

Al parecer, el manuscrito original del *Ars Moriendi* fue escrito por un dominico del Priorato de Constanza, imprimiéndose en 1456 en Renania, extendiéndose rápidamente por Europa. Sin embargo, recoge una tradición que se remonta a los orígenes de la Iglesia, ya que desde un principio se vio en la muerte el momento clave para la salvación de las almas. Por lo tanto, la importancia que concede a la Reconciliación, a la profesión de fe y al viático, no son nuevas. Ildefonso Adeva recuerda que esto ya está documentado en el Concilio de Nicea (325).

Tradición continuada por las letanías, la salmodia y la encomendación de las almas. Posteriormente, se establece el sacramento de la Extremaunción, que tomará el lugar del viático y se crean los primeros manuales, como *Ordines ad visitandos infirmos*. Hacia 1403, Jean Gerson, teólogo y canciller de la Sorbonna, escribe *De scientia mortis*. Un opúsculo en cuya introducción estimula a asistir a los moribundos, como un acto de amistad y caridad cristiana.

⁴ *Arte de Bien Morir y Breve Confesionario*, Edición y estudio de Francisco Gago, Medio Maravedí, Barcelona, 1999, Presentación del Editor, pág. 27

⁵ Adeva Martín, Ildefonso; *Ars Bene Moriendi. La Muerte Amiga*; en *Ante la Muerte. Actitudes, espacios y formas en la España Medieval*, pág. 296

⁶ Martínez Gil, Fernando; *La Muerte Vivida. Muerte y Sociedad en Castilla durante la Baja Edad Media*, Universidad de Castilla-La Mancha, Toledo, 1996, pág. 142

El opúsculo de Gerson se considera el gran precursor y está dividido en cuatro partes: comienza exhortando al enfermo para que acepte la muerte como venida de la mano de Dios; continúa formulando las preguntas con que debe orientar al moribundo hacia el arrepentimiento; posteriormente se enumeran oraciones cortas para pedir misericordia a Dios Padre, Jesucristo, la Virgen, los ángeles y los santos. La cuarta parte está destinada a guiar la labor del asistente: que averigüe si el enfermo hizo testamento, si ha recibido los sacramentos, que escoja las lecturas adecuadas, que coloque las imágenes benditas a las que el moribundo tenga más devoción, insistir en la confesión, procurar un ambiente de paz y tranquilidad, etc.

El *Opusculum* será muy influyente. En su estudio acerca de los *Ars Moriendi*, O'Connor afirma la importancia de esta obra, como el primer Catecismo de la doctrina cristiana.⁷ Una obra que se popularizó gracias a la acción del episcopado francés, que obligó al clero a leer una parte de él en cada misa dominical. El *Opusculum*, al parecer se escribe antes del Concilio, entre 1408 y 1409. O'Connor cree que esta obra era conocida por los asistentes del Concilio, basándose en el *Avisata* o Plan de Reforma, hecho por la Universidad de París, como un modelo para concilios nacionales franceses y romanos, donde se menciona un tratado, compuesto por un canciller parisino, donde se exponían los principios generales de la fe cristiana (*tractatus compositus per Cancellorum Parisien, tractans de generalibus principiis nostrae fidei...*).⁸

El título *Ars Moriendi* se aplica a dos obras diferentes del siglo XV. Ambos habrían surgido de forma simultánea, de contenido y redacción similar. Difieren en que uno de ellos es más extenso que el otro. El primero es llamado por los expertos *CP*, porque comienza con la frase: “*Cum de praesentis vitae miseria*” y al segundo *QS*, porque inicia diciendo: “*Quamuis secundum Philosophum*”. Una clasificación sugerida por Mary Catherine O'Connor, estudiosa de los Tratados de la Buena Muerte, en una investigación llamada *The Art of Dying Well*.

Hacia 1489 se publica en España el primer *Ars Moriendi*, en Zaragoza, por Juan Hurus: *Arte de bien morir*. Sólo se conserva un ejemplar, en la Blodeiana de Oxford. Sigue la versión *QS*, concordando con el del *Ars* latino reproducido por Alberto Tenenti, con la misma sucesión de las cinco tentaciones y las cinco inspiraciones del ángel, acompañados por once grabados. Las citas presentes en este capítulo pertenecen a una reedición de dicha obra.

Aunque el autor, o autores, del *Ars Moriendi* son desconocidos, se cree que habría pertenecido a la Orden dominicana y habría participado en el Concilio de Constanza (1414-1418). La autora de *The Art of Dying Well*, a pesar de que intentó averiguar el nombre del supuesto autor, buscando frailes dominicos en los documentos conciliares sin resultado, sí aporta en su investigación numerosos argumentos para demostrar que el anónimo creador del Tratado de la Buena Muerte, habría pertenecido a la Orden de los Predicadores.

En primer lugar, resalta el gran peso intelectual de muchos frailes dominicos y su gran aporte a la cultura bajomedieval, explicando cómo ellos vendrán a ser una

⁷ O'Connor, Mary Catherine; *The Art of Dying Well. The Development of the Ars Moriendi*, AMS Press, New York, 1966, pág. 22

⁸ O'Connor, Mary Catherine; *The Art of Dying Well*, pág. 51

especie de relevo en la misión cultural antes ejercida por los benedictinos en la Alta Edad Media.⁹ Una idea que queda demostrada al mencionar algunos destacados dominicos, como Santo Tomás de Aquino, San Alberto Magno, Vicente de Beauvais y Jacobo de la Vorágine.

Por otro lado, la autora, analizando las citas presentes en el *Ars Moriendi*, explica cómo el autor, además de hacer referencia a la Sagrada Escritura y a los Padres de la Iglesia, se refiere frecuentemente a pensamientos expuestos por frailes dominicos. Además, el énfasis en la ortodoxia, presente en el tratado, es algo muy propio de esta orden. Por último, la autora comenta otra evidencia: generalmente, los manuscritos hallados que son copias de los *Ars Moriendi*, se encuentran junto a otros manuscritos de dominicos.¹⁰

A pesar de que los tratados de la buena muerte son un buen ejemplo de la clericalización de la muerte, y tienen un carácter evidentemente religioso, Adeva Martín recuerda que los *Ars Moriendi*, al igual que la obra precursora de Gerson, no están destinados exclusivamente a los religiosos, sino que fomentan la necesidad de una buena muerte para todos: laicos y eclesiásticos. Lo novedoso que aportan los *Ars Moriendi* son las cinco tentaciones con las que el demonio intenta ganarse el alma del moribundo, que a su vez es defendido por el ángel bueno, que en oposición a las tentaciones, le ofrece las cinco buenas inspiraciones.

El *Ars bene moriendi* concede gran importancia a la presencia del asistente. Éste es quien debe acompañar al moribundo en sus últimos momentos, procurando que éste muera en paz, tranquilo, sin miedos, con sus asuntos terrenales resueltos lo más posible, y en la gracia de Dios. El asistente debe ser un fiel cristiano, no necesariamente un clérigo, y puede ser tanto un hombre como una mujer. Lo más importante es que conozca bien la doctrina cristiana, la forma de pensar del moribundo y que entienda la agonía como una lucha ascética.

El *Arte de Bien morir* está dividido en seis partes. En la primera se presenta la muerte como una enviada de Dios y, como tal, debe ser aceptada voluntariamente, independiente del momento y la forma en que se presente. Se insiste en la importancia de prepararse para ese momento, procurando conseguir la Gracia, a través de los sacramentos, el arrepentimiento y la penitencia.

“Por ende, ante de todas cosas, sea inducido e amonestado el enfermo a aquellas cosas con que aya e alcance la salud de la ánima, e son necesarias para salvación. Primeramente, que crea assí como buen cristiano los artículos de la fe, segund que la Santa Madre Iglesia los tiene e cree. Segundo, que sea alegre porque muere en la fe de Nuestro Señor Ihesu Christo en la obediencia e unidad de su Santa Iglesia. Tercero, que propaga en su corazón de enmendar su vida, si más viviere, e de non pecar más, ni ofender a Dios ni a sus próximos. Cuarto. Que perdone por amor de Dios a los que le han ofendido e pida perdón de aquellos que él ha injuriado. Quinto, que tome las cosas ajenas. Sexto, que conosca e crea que Ihesu Christo murió por salvar a nosotros e por él, e que de otra manera non puede ser salvo, sino por mérito de la su Santa Pasión, por lo qual faga gracias a Dios en quanto

⁹ *Ibidem*, pág. 56

¹⁰ *Ibidem*, págs. 56-58

puede. E si a estas cosas respondere de buen corazón, señal es que es del número de los que se han de salvar."¹¹

Después de subrayar la importancia de la preparación para una buena muerte, recordando al lector la vida virtuosa que ha de llevar y las precauciones que ha de tomar para vivir una buena muerte, el Tratado presenta en esta primera parte cómo su lectura será de gran ayuda para conseguir estos propósitos:

“cualquier que quiere de dessea bien morir, considere diligentemente las cosas contenidas en este libro, e conseguirá grand ayuda, e utilidad para se defender de las tentaciones del diablo, e alcanzar la gloria del paraíso, la qual nos quiera otorgar Dios en todo poderoso"¹²

La segunda parte describe las cinco tentaciones y las cinco buenas inspiraciones para combatirlas. Las cinco tentaciones propias de la agonía son: la infidelidad o dudar de la fe; la desesperación por miedo a la justicia divina; la vanagloria, es decir, complacerse en exceso por las buenas obras realizadas; la impaciencia, producto de los dolores y el sufrimiento de la agonía; y la avaricia, entendida como el apego hacia todos los bienes terrenales. Cada una de ellas es descrita de forma terrorífica, porque son incitadas por terribles demonios. Pero, por otro lado, para combatirlas están los ángeles, que a cambio presentan las cinco buenas inspiraciones.

Así, la primera tentación hace al moribundo dudar de su fe en Dios. Además, le engaña, diciendo que la fe y las buenas acciones no sirven, ya que todos se salvan, independientemente de sus actos:

“Esta fe o creencia que tú tienes, non es como tú la crees o segund que la predica, ni ay infierno alguno: todos avemos de ser salvos. E aunque el ombre faga muchas cosas que sean aquí avidas por malas, o se mate así mesmo o adore a los ídolos, assí como fazen los reyes infieles e grandes ombres."¹³

Es combatida por una buena inspiración que recuerda al agonizante que el diablo es mentiroso y le engaña para que dude de su fe. Por eso, el ángel le exhorta a morir en la fe, poniendo como ejemplo a los Patriarcas, a Job, los mártires y los Apóstoles. Para ello recomienda rezar el Credo, ya que la profesión de fe ayudará al moribundo a reafirmar sus creencias:

“non creas en las tentaciones pestíferas e malvadas e falsos consejos del diablo; mas guárdate d’él, porque es mentiroso e malicioso, ca por mentiras e falsías él engañó a Adán e Eva, nuestros padres."¹⁴

Para resistir la tentación de caer en la desesperación, el ángel resalta lo grande que es la misericordia divina. Para ello, recuerda célebres episodios en los que Dios perdonó a San Pablo por perseguir a los cristianos, a San Pedro por negarle tres veces o a la mujer adúltera por su pasado. Además, el *Ars Moriendi* recomienda evitar la

¹¹ *Arte de Bien Morir y Breve Confesionario*, págs. 83-84

¹² *Ibidem*, pág. 85

¹³ *Ibidem*, pág. 88

¹⁴ *Ibidem*, pág. 89

presencia de cualquier persona que recuerde al enfermo sus pecados. Sin embargo, resalta principalmente la infinita misericordia de Dios:

“non debes desesperar por pecador que seas, ca Ihesu Cristo es muerto por los pecadores et non por los justos, assi como Él mesmo dize: ‘non vine llamar los justos, mas los pecadores’¹⁵. “¹⁶

Ante la impaciencia, el ángel bueno inspira a recordar la caridad o amor de Dios. Le da a entender que no debe quejarse, porque eso es una manifestación de falta de caridad, porque las enfermedades son un castigo, por lo tanto, es injusto lamentarse. Además, una dolencia soportada estoicamente puede ser un pago adelantado de las penas del Purgatorio.

“Ombre, aparta tu corazón de la impaciencia e ira, por la qual el diablo por sus mortíferas malas temptaciones procura por dampñar a tu ánima; porque por la impaciencia e murmuración, e saña se pierde la ánima, assí como se salva por la paciencia.”¹⁷

La tentación de la vanagloria se combate con la exhortación que hace el ángel resaltando la humildad. Ante el recuerdo que el demonio hace al difunto de sus glorias pasadas y de lo triste que es el dejarlas atrás con su muerte; el ángel le recuerda al agonizante que no sólo ha realizado obras buenas: también ha sido un pecador y por lo tanto, debe ser humilde y no olvidar que Dios es misericordioso.

“tú non podrías fazer cosa alguna meritoria e buena, salvo mediante e ayudante la su gracia, segund que se prueva esto por palabras de Nuestro Señor diziente: ‘sin mí non podéis fazer cosa alguna’¹⁸. “¹⁹

La avaricia es la tentación que, según los *Ars moriendi*, afecta más a laicos que a eclesiásticos, ya que los segundos, si han cumplido con su voto de pobreza, no sufrirían ante la perspectiva de abandonar los bienes que han conseguido en su vida terrenal. Esta tentación insta al moribundo a rebelarse contra la muerte, porque ésta significa separarse de sus seres queridos y sus riquezas, además de dejar inconclusos sus proyectos.

“¡O mezquino de ombre! Tú ya desamparas todos los bienes temporales, que por muy grandes trabajos e cuidados has adquirido e ayuntado; e también dexas a tu muger e hijos, parientes e amigos muy amados, e todas las otras cosas deletables e deseadas, en cuya compañía star et perseverar aun grand solaz e alegría te sería, e non menos a ellos grand bien se seguirá de tu presencia.”²⁰

Ante la avaricia, la Buena Inspiración del Ángel insiste en que el hombre no puede dejarse vencer por el diablo, exhortándole nuevamente a la humildad y la fe, recordándole que aquello es mucho más importante que todas las riquezas y glorias

¹⁵ Mateo 9:13; Marcos 2:17; Lucas 5:32

¹⁶ *Arte de Bien Morir y Breve Confesionario*, pág. 94

¹⁷ *Ibidem*, pág. 101

¹⁸ Juan 15:5

¹⁹ *Arte de Bien Morir y Breve Confesionario*, pág. 107

²⁰ *Ibidem*, pág. 111

terrenales, ya que éstos son temporales y perecederos, a diferencia de la Vida Eterna, premio para fieles y humildes.

“¡O ombre, aparta tus orejas de las falsas e mortíferas sugestiones e consejos del diablo, con que te piensa e procura engañar e cegar! E ante, todas cosas olvida e pospone todos los bienes e cosas temporales del todo, cuya memoria, por cierto, ninguna cosa de salud te puede causar edar, mas antes muy grand impedimento e estorno de tu salud espiritual.”²¹

La tercera parte del *Ars Moriendi* presenta un interrogatorio que debe hacerse al enfermo, para provocar su arrepentimiento y la reafirmación de su deseo de morir en la fe católica y la confianza en la salvación obtenida por Jesús con su sacrificio. Posteriormente, se invita a imitar la muerte de Cristo, en oración y encomendación a Dios Padre, y en resignación a la voluntad divina.

En la quinta parte del Tratado, se hace un llamado a la responsabilidad de los cristianos de asistir a los enfermos para que mueran bien, aconsejándoles cómo hacerlo. Se insiste en la oración y los sacramentos. Si el moribundo está en condiciones, debe rezar, invocando a Dios, a la Virgen, los ángeles y los santos.

Finaliza con la insistencia en la necesidad de conocer el *Ars moriendi*. Porque la vida, así como otras cosas, se valora por su fin. Esta última parte también contiene oraciones, para que el asistente recite con el enfermo si es posible, o en lugar de él. Se recomienda, por ejemplo, una oración que se atribuye a San Agustín:

“La paz de Nuestro señor Ihesu Cristo e la virtud de la su Pasión, e la señal de la Santa Cruz e la integridad de la Señora Virgen Santa María, e la bendición de todos los santos e santas, la guarda de los ángeles e las ayudas de todos los escogidos sean entre mí e entre todos los mis enemigos, visibles o non visibles, en esta hora de la mi muerte. Amén.”²²

En palabras de Idelfonso Adeva Martín, el *Ars Moriendi* es un opúsculo modesto, sin mayores pretensiones científicas ni literarias, pero su importancia para entender la mentalidad del cristiano en el siglo XV es clave *“porque, si en la muerte se decide el destino eterno y sobrenatural del cristiano, hay que conjeturar que en él y en la literatura por él inspirada se decanta la quinta esencia de la fe y de los actos y medios imprescindibles para salvarse.”²³*

El principio en que se basa el *Ars Moriendi* es la idea de que en el momento de la muerte el demonio tienta con más fuerza a los hombres, aprovechándose de su debilidad o su tendencia a la desesperación.

“el diablo, enemigo de todo el linaje humano, trabaja con todas sus fuerças por trastornar e derribar al enfermo en el artículo de la muerte de la fe totalmente, o a lo menos por le fazer desviar e titbar e dubdar en ella, por quanto el que dubda en la fe, infiel es.”²⁴

²¹ *Arte de Bien Morir y Breve Confesionario*, pág. 113

²² *Ibidem*, pág. 118

²³ Adeva Martín, Idelfonso; *Ars Bene Moriendi. La Muerte Amiga*, pág. 302

²⁴ *Arte de Bien Morir y Breve Confesionario*, pág. 87

Ariès dirá que la hora de la muerte substituirá en importancia la hora del Juicio Final. Citando a Savonarola, autor de uno de estos Tratados, la hora de la muerte se presenta de este modo: *“Hombre, el diablo juega al ajedrez contigo y se esfuerza por cogerte y darte jaque mate en ese punto (la muerte). Estate pues preparado, piensa, en ese punto, porque si ganas en ese punto, has ganado todo lo demás, pero si pierdes, cuanto hiciste no valdrá nada.”*²⁵

Tomando en cuenta que el hombre muchas veces olvida que es mortal y vive como si su vida fuera eterna, este Tratado se presenta como un *Memento mori*: nada es eterno y la muerte, por mucho que se intente ignorarla y a pesar de que talvez hoy se goce de excelente salud, llegará inevitablemente y talvez más pronto de lo que creemos.

La preparación para la muerte incluye dos niveles: una próxima y otra remota. La remota es aquella que aconseja vivir una buena vida, en coherencia con los principios cristianos, en la gracia de Dios. Un hombre que vive una buena vida, no debe temer a la muerte, porque ésta se presenta como la puerta a su salvación y no como un castigo. *“Así el Ars bene moriendi es en realidad Ars bene vivendi”*²⁶

La preparación próxima es aquella que se realiza en vísperas de una muerte cercana o cuando se padece una grave enfermedad. Generalmente requiere de la presencia de asistentes, que ayudan al moribundo a estar completamente preparados para que esa muerte sea, efectivamente, el acceso a la salvación. Porque se considera, como se ha dicho anteriormente, que es durante la agonía cuando el demonio más se esfuerza por tentar a los hombres y así, por muy virtuosa que haya sido la vida de una persona, si cae en las últimas tentaciones, puede condenarse. Por eso, se le da tanta importancia a la presencia del asistente. De hecho, *“aunque el beneficiario último es el moribundo, el interlocutor inmediato del Ars moriendi es el asistente del agonizante.”*²⁷

Esta idea de Adeva Martín se ve en el *Arte de Buen Morir*, que subraya la importancia de la presencia de este asistente, que acompañe al enfermo en sus momentos finales, le acompañe con sus rezos o bien, si es que el moribundo ya no está en condiciones, rece por él, se ocupe de cumplir con las últimas voluntades del agonizante y de que reciba sus últimos sacramentos:

*“cada uno debe con grand diligencia e cuidado prever de algund amigo o compañero devoto, idóneo e fiel, el qual le sea e esté presente en su fin e muerte, para que le conseje e conforte en la constancia de la fe, e lo invite e provoque a ver paciencia e devoción, confianza e caridad e perseverança en todas buenas obras, dándole esfuerzo e animando en la agonía e batalla final, e diziendo por é algunas devotas oraciones.”*²⁸

Por otro lado, se consideraba que el cuidado de los enfermos y moribundos era un principio de caridad cristiana. Asistirlos era más que una obra de misericordia: también era un paliativo. Además, es un acto inscrito dentro de la nueva espiritualidad desarrollada a partir del siglo XIII, en la que se identifica al enfermo con el Cristo que sufre. Por ello, era una actitud muy fomentada, mucho antes de los *Ars Moriendi*. Así lo

²⁵ Ariès, Philippe; *El hombre ante la muerte*, pág. 98

²⁶ Adeva Martín, Ildenfoso; *Ars Bene Moriendi. La Muerte Amiga*, pág. 305

²⁷ *Ibidem*, pág. 305

²⁸ *Arte de Bien Morir y Breve Confesionario*, pág. 118

demuestran Julia Pavón y Ángeles García de la Borbolla, mencionando cómo lo establecen los estatutos de distintas cofradías navarras, como un acto solidario y de vínculos personales.²⁹

Los Tratados de la Buena Muerte otorgan una serie de consejos, sugerencias e instrucciones para que el asistente procure al moribundo al que asiste, una buena muerte. Se insiste en que debe anunciársele al enfermo la proximidad de la muerte. Además, debe facilitársele la recepción de los sacramentos. Dos aspectos que parecen bastante lógicos a la hora de procurar tranquilidad y un estado de gracia al moribundo.

En cambio, la descripción de las tentaciones propias de la agonía, aspecto que otorga originalidad a estos tratados, puede parecer, a simple vista, como algo terrorífico, que no aporta a la tranquilidad del enfermo. Sin embargo, la descripción de las tentaciones va acompañada por las inspiraciones divinas, como estrategias para vencer la tentación. Por último, se intenta evitar que el enfermo caiga en un estado de rebeldía contra Dios o contra su situación, instándole a abandonarse en la misericordia divina, tal como hizo Cristo en su Pasión.

El anuncio de la proximidad de la muerte se ve como algo necesario, porque aunque todos sabemos que vamos a morir algún día, instintivamente le rehuimos e intentamos no pensar en ello. Pero, cuando el hombre ve que la muerte se le acerca, todos sus proyectos e ideales pueden verse alterados. Por eso es necesario proponerle al enfermo que se prepare. *“Ars bene moriendi insiste en inculcar al ayudante que a su oficio pertenece no dar muchas esperanzas de salud al enfermo, porque esto debilita su afán de preparación, no se confiesa y puede condenarse.”*³⁰

Muchas veces quien debe anunciar la muerte es el médico. De hecho, así lo recomienda el IV Concilio de Letrán (1215), al relacionar la enfermedad con el pecado. Dicho concilio impuso a los médicos la obligación de avisar a sus pacientes en peligro de muerte la proximidad de ésta y la necesidad de acudir al confesor. Quien asiste al moribundo debe presentarle la muerte como la llegada de un amigo; ya que es la mano de Dios, paternal y amorosa, quien la ocasiona. Debe identificársele como su entrada a la vida eterna, si se prepara adecuadamente. La muerte sólo es mala para los pecadores. Para los arrepentidos y los buenos es positiva, porque Dios la envía abriéndoles las puertas del Cielo. Se pretende con ello alejar al enfermo del miedo y la desesperación, que podrían debilitar su alma frente a las tentaciones postreras.

El *Ars bene moriendi*, a diferencia de otras manifestaciones literarias anteriores, considera que las circunstancias de la muerte son irrelevantes. Ya no se cree que una muerte violenta sea motivo de condena: si se ha vivido virtuosamente y se está preparado, no hay nada que temer: lo más importante es estar en la gracia de Dios. Un aspecto en el que las catástrofes demográficas ocasionadas por la Peste Negra, pueden haber influido. Porque con la explosión violenta de la mortandad a causa de esta pandemia, la muerte inesperada y fulminante se hace cada vez más común. El pensar en una buena vida como garantía de salvación fue quizá, un modo de tranquilizar y evitar el terror que produce la muerte.

²⁹ Pavón, Julia y García de la Borbolla, Ángeles; *Morir en la Edad Media*, Universidad de Navarra, proyecto de Investigación “La muerte en la Navarra Medieval”, 1998-2003, en prensa, pág. 72

³⁰ Adeva Martín, Ildenfoso; *Ars Bene Moriendi. La Muerte Amiga*, pág. 308

Una segunda etapa en la preparación para la muerte son los testamentos y sacramentos. Los primeros se presentan como una forma de dejar ordenados los asuntos ‘terrenales’ del difunto: la mantención de su familia, la disposición de sus bienes y riquezas, el pago de deudas, etc. Aunque también los testamentos, al establecer órdenes religiosas o parroquias como beneficiarios, también se presentan como un medio de salvación espiritual, ya que estas donaciones a instituciones religiosas están destinadas a financiar oraciones por la salvación de su alma. *“El uno limpia el alma de preocupaciones terrenas, los otros garantizan el estado de perdón y de gracia de Dios Padre y serenan la conciencia; con lo que se consigue el fin último de la preparación para la buena muerte.”*³¹

Los sacramentos, como se ha dicho antes, tienen una función importantísima en el aspecto espiritual, ya que son los que conceden la Gracia y quien muere en ella, alcanza la salvación o al menos, tiene menos posibilidades de condenarse. Porque en el *Ars Moriendi* será clave la idea del Purgatorio. Porque daba esperanzas al pecador moribundo. Ya que si se arrepentía, cumplía con sus sacramentos, hacía testamentos y penitencias, en resumen, tenía una “Buena Muerte”, aunque no pudiera ir al Cielo, se salvaba de condenarse, teniendo que expiar sus culpas en el Purgatorio. *“Mientras el cuerpo se descomponía sin remedio hasta el día de la resurrección final, el alma pervivía en un lugar escatológico, probablemente el purgatorio, donde era sometida a una dolorosa catarsis imprescindible para la salvación final.”*³²

El Sacramento de la Extremaunción es el más identificado con la hora de la muerte. Consiste en la aplicación de óleos sagrados sobre el cuerpo, supervizado y dirigido por un sacerdote, generalmente administrado después de la Confesión. Posteriormente, el enfermo recibe por última vez la comunión: el Viático. La introducción de una liturgia en la Extremaunción demuestra de manera más solemne la presencia de lo sagrado en este acto, donde el moribundo se abandona en las manos del sacerdote, representante de Dios en la tierra. Detrás de la liturgia había varios mensajes: se propone la acogida del alma del moribundo en el cielo y al mismo tiempo, su acogida en la sociedad, que es quien le velará, le amortajará y organizará su funeral, participando además de su cortejo. Las autoras de *Morir en la Edad Media*, mencionan esta liturgia como la ‘primera liturgia’, que acaba cuando los asistentes a ella acompañan al difunto al lugar donde se celebrarán los funerales, donde tiene lugar la ‘segunda liturgia’.

Por lo tanto, la Unción de los Enfermos consistía en la aplicación de aceite sobre las manos, cabeza y pies del moribundo, al tiempo en que se recitaba una oración que buscaba procurar paz y tranquilidad al ungido. El óleo santo era concebido como un símbolo de redención, como el ‘bálsamo’ que cura las heridas. Según Pavón y García de la Borbolla, los orígenes de la Extremaunción hay que buscarlos en la Tradición Evangélica. Por eso, las autoras citan un pasaje de la epístola de Santiago³³:

“¿Está enfermo alguno entre vosotros? Que llame a los presbíteros de la Iglesia, y oren sobre él ungiéndolo con óleo en el nombre del Señor. Y la

³¹ Adeva Martín, Ildenfoso; *Ars Bene Moriendi. La Muerte Amiga*, pág. 311

³² Martínez Gil, Fernando; *La Muerte Vivida*, pág. 142

³³ Pavón, Julia y García de la Borbolla, Ángeles; *Morir en la Edad Media*, pág. 76

oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor le hará levantarse, y si hubiera cometido pecados, le serán perdonados."³⁴

Una cita que resalta el carácter de reconciliación con Dios y el perdón por los pecados como los efectos de la Extremaunción. Además, le confiere poderes sanadores, cuando no físicos, espirituales. Porque el pecado se identifica con la enfermedad y por lo tanto, el perdón de éstos, con la sanación. Porque este Sacramento busca redimir los pecados, además de confortar el cuerpo y el espíritu. Será una práctica muy extendida en la Antigüedad Tardía, lo que explica su presencia en el *Liber Ordinum* de la Iglesia hispanogoda.

Los Sacramentos son importantes en la preparación de la Buena Muerte, porque procuran el Estado de Gracia y le conceden el perdón de sus pecados. Para alcanzar la Salvación, dada la naturaleza pecadora del hombre, alcanzar este estado es muy necesario. En la documentación revisada por las autoras de *Morir en la Edad Media*, el más mencionado y destacado es el de la Reconciliación.³⁵ Actitud consecuente con el constante deseo que expresan los testadores por redimir sus faltas, a través de limosnas, peregrinaciones, donaciones y la oblación personal.

Un personaje importante en los *Ars Moriendi* son los ángeles de la guarda. El culto a los ángeles es una constante durante la Edad Media. Sin embargo, hasta el siglo XIV tenían mayor culto y representación iconográfica los ángeles psicopompos, como San Miguel y San Gabriel. Surge, coincidiendo con la mayor participación de los laicos en lo espiritual y el mayor individualismo, el culto al ángel guardián, que será muy importante en los *Ars*: "*Ante el estrado de los jueces, un defensor, el ángel de la guarda, planta cara a los demonios erizados que están afuera.*"³⁶

Presenciar una buena muerte, es decir, aquella en la que el moribundo se enfrenta con resignación y lleno de paz, es algo recomendado, ya que ese tipo de muerte debe ser el modelo a imitar. Las muertes de aquellos que la enfrentan con miedo, sin resignación y desesperados, son un escándalo en esta mentalidad, porque es ese clima de inseguridad y miedo es más probable que la agonía culmine en una condena. En principio, una muerte violenta tendría el mismo efecto negativo.

Los mejores ejemplos a imitar son las muertes de santos como San Francisco de Asís, en pleno éxtasis místico, lleno de paz, en un ambiente de absoluta sencillez y resignación. Más tarde, los reyes tomarán este ejemplo, porque una buena muerte se considera una consecuencia de una buena vida, y esto tiene importantes implicancias políticas: la buena muerte de un rey es una prueba de que éste ha sido un buen rey.

Este concepto de la Buena Muerte como un modelo a imitar, es la razón por la cual la muerte se concibe como algo público. Este carácter puede manifestarse en distintos momentos: en la agonía misma, donde el enfermo está rodeado por gran cantidad de acompañantes; en los cortejos fúnebres, de gran concurrencia, especialmente si se trata de personajes públicos; y también en la difusión posterior de la descripción de la muerte, desde el púlpito o en los *Ars Moriendi*.

³⁴ S, 14-15

³⁵ Pavón, Julia y García de la Borbolla, Ángeles; *Morir en la Edad Media*, pág. 75

³⁶ Duby, Georges; *Europa en la Edad Media*, pág. 196

A pesar del carácter público de la muerte y de la importancia concedida a los acompañantes en el momento de la agonía, los tratados continuamente recuerdan que debe prohibirse el acercamiento al lecho mortuario de cualquier persona que perturbe la paz del moribundo. Se enfatiza especialmente en alejar a todo aquél que recuerde a éste sus pecados anteriores (compañeros de juerga, amantes, enemigos, etc.). Pero, también se recomienda que no estén presentes los seres queridos más cercanos al enfermo, porque la tristeza de éstos o la idea de que va a separarse de ellos, puede afectarle. Porque la Buena Muerte debe ser tranquila y pacífica. No basta con los sacramentos y oraciones. El agonizante necesita tranquilidad, ya que así es menos vulnerable a las tentaciones.

“que pocos son los que stén con sus próximos, fielmente preguntándolos e amonestándolos, infundiendo oraciones e plegarias por ellos! Porque comunmente aun los enfermos non piensan de morir, e por quanto el marido o la muger restante, e los fijos e parientes que entienden de heredar sus bienes, llorándolo por que les dexen más bienes. E lo que peor es au dexen entrar a personas devotas que los confortarán, por recelo que les fagan mudar el testamento o mandas.”³⁷

Martínez Gil en su artículo *Del modelo clerical a la Contrarreforma*, presenta a los *Ars Moriendi* como un buen ejemplo del proceso de clericalización que vive la muerte, por la relevancia que concede al papel de los clérigos y a la administración de sacramentos. Este proceso se aprecia al ver cómo van cobrando importancia los religiosos en la asistencia a los enfermos, los templos van convirtiéndose en lugares de sepultura y muchos laicos adoptan los hábitos mendicantes como mortajas.

Martínez Gil menciona uno de los *Ars Moriendi* menos conocidos: el *Tractado del bien morir*, del siglo XV, conservado en la Biblioteca de la Catedral de Toledo. Éste está dividido en seis partes, al igual que la mayoría de estos tratados. Comienza enumerando lo que debe saberse para morir bien; continúa describiendo las tentaciones que aquejan a los agonizantes; luego sugiere las preguntas que deben hacerse a los moribundos; después recomienda una serie de oraciones adecuadas que debe recitar el enfermo o su asistente, si éste no puede. Además, explica que los *Ars Moriendi* se prolongan en el tiempo y en el Barroco abundarán los tratados para asistir a los moribundos, fomentando la práctica de visitar a los enfermos y a asistir a los agónicos. El más conocido es *Prácticas de visitar a los enfermos y a ayudar a bien morir*, de Baltasar Boch de Centellas y Cardona, en 1687. Él era clérigo regular de los Ministros de los Enfermos.

Según Martínez Gil, la evolución en el tiempo, sí producirá modificaciones en los tratados. El autor, al comparar los tratados medievales y los modernos, concluye que los primeros son artes del bien morir y los segundos, artes de bien vivir para bien morir. Cree que el principio es el mismo y lo que ha cambiado son los matices, que se han hecho más extremos. Sí reconoce que durante el Renacimiento y el Barroco el discurso fue moderándose, restándole dramatismo al momento de la muerte.

A pesar de ello, el tratamiento dado a la agonía se mantiene. Coincidiendo con su significado etimológico (“lucha”, “contienda”), se le concibe como la lucha final, la última batalla que enfrenta el ser humano. Una lucha que culmina con el deterioro

³⁷ *Arte de Bien Morir y Breve Confesionario*, págs. 118-119

definitivo de su cuerpo y la pervivencia de su alma. La batalla no es por sobrevivir a ese momento, ya que es inevitable. Sino que es la última batalla que enfrenta el alma por salvarse y no condenarse. Por eso, los *Ars Moriendi* presentan ángeles y demonios “disputándose” el alma del difunto:

*“Antes de salir el alma del cuerpo, en el último conflicto de la vida, suele ayer apariciones celestiales (...) y también suele aparecer horrible Lucifer y los espíritus infernales. Los unos ayudan, y esfuerzan al enfermo agonizante a que pida misericordia de la clemencia de Dios, facilitando la esperanza de su salvación. Los espíritus malignos representan la vida del enfermo, lleno de culpas, odios y torpezas, para que desesperando cayga en aquel abysmo de miserias.”*³⁸

Un gran detractor del *Ars Moriendi* en la Edad Moderna será Erasmo de Rotherdam, quien cree que esta clericalización es excesiva y se presta para abusos. Para él, una persona que ha vivido una buena vida, no puede tener una mala muerte. Para defender esa idea, escribe su propio tratado: *De Preparatione ad mortem*, publicado en 1534. Defiende la idea de una vida virtuosa, en imitación a la de Cristo, como la más efectiva preparación para enfrentar la muerte con éxito, restándole importancia a los sacramentos finales y la asistencia de los clérigos, que tanta relevancia concedían los *Ars Moriendi*.

Martínez Gil considera que el *Ars Moriendi* no surge como consecuencia de la gran mortandad provocada por la Peste Negra, a pesar de que cronológicamente coincide. Porque, para él, obras como el *De Comptemptus mundi* y el *Dies Irae*, a las que considera sus precedentes, son muy anteriores a la Peste. “*Resulta tentador poner en relación los estragos de la peste negra con la irrupción de lo macabro y la difusión del Ars Moriendi en la Baja Edad Media europea.*”³⁹

Si bien, concuerdo con él al concebir estas manifestaciones como parte de la evolución de una mentalidad escatológica iniciada mucho antes de las catástrofes del siglo XIV, es la magnitud de dichos acontecimientos la que, a mi juicio, contribuyó a exaltar y a intensificar estas manifestaciones. Un autor que concuerda con esta idea es Ildelfonso Adeva Martín. Así lo expuso en su artículo *Ars Bene Moriendi. La Muerte Amiga*, publicado en el libro *Ante la Muerte. Actitudes, espacios y formas en la España Medieval*.

*“A lo largo de los siglos XIV y XV confluyeron en Europa un conjunto de causas de orden social, sanitario y religioso que pudieron hacer la muerte más temible de lo que es en sí. Baste pensar en el poso de Pánico dejado por la peste negra (1347-1453). Todas estas circunstancias convivían con el demonio traumático de la cristiandad por causa del Destierro de Avignon (1309-1377), del Cisma de Occidente (1378-1417) y de las herejías revolucionarias del inglés Wycliff (1328-1384) y del checo bohemio Juan de Hus (1370-1415). Al final de este retablo de calamidades nace el anónimo Ars moriendi.”*⁴⁰

³⁸ Boch de Centellas, Baltassar; *Prácticas de Visitar a los Enfermos*; en Martínez Gil, Fernando; *Del modelo clerical a la Contrarreforma*, pág. 228

³⁹ Martínez Gil, Fernando; *La Muerte Vivida*, pág. 131

⁴⁰ Adeva Martín, Ildelfonso; *Ars Bene Moriendi. La Muerte Amiga*; pág. 294

La autora de *The Art of Dying Well*, también concuerda con esta imagen de una época donde las catástrofes ocurridas, al generar tanta mortandad, han producido que la idea de la muerte esté más presente que nunca, y por eso, se hace tan obsesivo su tratamiento en el arte, la literatura y la religión. “*The subject of death, popular in literature as far as literature goes, has never been more popular than in the late Middle Ages, when the frequent and devastating visitation of the plague made it a commonplace event.*”⁴¹

El *Ars Moriendi* es contemporáneo a las Danzas de la Muerte. Pero, a diferencia de éstas, que representan la muerte como un fenómeno colectivo, afectando a gran cantidad de personas, estos Tratados de la Buena Muerte representan una muerte más íntima e individualizada. Un moribundo, en su lecho, cuya alma lucha por su salvación, enfrentándose a las tentaciones de los demonios y asistido por los ángeles, “*la intimidad de un enfermo cuyos últimos momentos se ven perturbados por la disputa de su alma a que se entregan ángeles y demonios.*”⁴²

Al igual que las Danzas, y a pesar de lo mucho que puede haber influido la crisis del siglo XIV en su creación y difusión, en los *Ars moriendi* también es posible identificar una serie de obras literarias anteriores, que influyeron en su tratamiento de la idea de la muerte. Según Infantes, los Tratados de la Buena Muerte recogen una tradición que se remonta a San Anselmo.⁴³

El *Ars Moriendi* es una manifestación que, a simple vista, se presenta como contradictoria a las Danzas de la Muerte. Porque éstas presentan el Triunfo de la muerte, resaltando lo macabro y terrorífico, mientras los *Ars Moriendi* fomentan una actitud serena ante la muerte, evitando los miedos y angustias que hagan al hombre caer en las tentaciones. Sin embargo, no es así. Son dos actitudes ante la muerte que incluso pueden ser complementarias: la Danza representa la muerte inevitable, que puede llegar en cualquier momento, sin avisar y no hace distinción entre ricos y pobres, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, nobles o plebeyos, laicos o eclesiásticos. En ese sentido, el *Ars Moriendi* sería el modo de tranquilizar a quienes son sorprendidos por esta muerte cuya danza es interminable, para enfrentarse con serenidad a ese momento.

Por otro lado, cada vez es más discutible la teoría de presentar las Danzas de la Muerte como representaciones profanas del miedo a la muerte. En el capítulo dedicado a ellas, se expuso cómo algunos autores ven en ella influencias de una larga tradición, muy influida por lo religioso, y cómo se atribuyen sus orígenes a las prédicas de los mendicantes o a pasajes bíblicos. A pesar de su carácter de danza y que muchas veces se asegura que su origen estaría en una representación teatral o musical, que lo acercan más a lo profano, su constante referencia al *memento mori* y el *ubi sunt?*, coinciden con los esfuerzos de la Iglesia bajomedieval, de crear consciencia de lo inevitable que es la muerte, destructora de aquello que en la vida podríamos considerar importante, como riquezas, gloria o posición social, pero que en realidad es perecedero.

⁴¹ O'Connor, Mary Catherine; *The Art of Dying Well*, pág. 3

⁴² Martínez Gil, Fernando; *La Muerte Vivida*, pág. 140

⁴³ Infantes, Víctor; *Las Danzas de la Muerte. Génesis y desarrollo de un género medieval (siglos XIII-XVII)*, Ediciones Universidad de Salamanca, noviembre 1997, pág. 84

Sin embargo, el *Ars Moriendi*, más que tratar acerca de llevar una buena vida, nos habla de prepararse para la muerte. No importa tanto que tan santo o pecador fue el moribundo, lo importante es su actitud frente a la muerte: que se confiese, que haga limosnas, que rece, etc. Obviamente, haber llevado una buena vida es importante. Pero para quienes no la llevaron, la Buena Muerte se presenta como la posibilidad de no caer en la condena eterna, sino en el Purgatorio.

Infantes los presenta como la solución propuesta por la Iglesia ante la problemática de esta muerte, que más presente que nunca en el siglo XIV, se vuelve obsesiva y causa temor. Los *Ars Moriendi* vienen a recordar la postura cristiana ante la muerte, recordando que es un paso a una mejor vida, y que hay que enfrentarla con tranquilidad, pero procurando estar en Gracia con Dios. Así, el Tratado de la Buena Muerte, “*buscaba el efectismo y el arrepentimiento y para ello no dudaba en acudir a una serie de expresivas imágenes (demonios y ángeles en lucha por el alma del difunto, representaciones alegóricas de tormentos, etc.)*”⁴⁴

El *Ars Moriendi* se presenta como un reflejo de la nueva actitud que va tomando el hombre ante la vida, y con ello, también ante la muerte. Ya no concibe su vida en la tierra como un peregrinar hacia una vida mejor, sino que cree que hay que disfrutar de ésta, sin olvidar que somos seres mortales y que todo se acaba. Y en esta nueva actitud, será muy influyente el creciente individualismo, que en lo religioso se manifiesta en las ideas que van difundiendo acerca del Purgatorio y el juicio particular. Así, “*el ars constituyó el punto de partida de unas concepciones idóneas para el hombre moderno, individualista y profano, creyente pero apegado a la tierra.*”⁴⁵

Martínez Gil en su artículo *Del modelo clerical a la Contrarreforma*, destaca cómo la actitud ante la muerte presente en la Baja Edad Media se prolonga durante la Edad Moderna, al menos hasta el siglo XVIII. Los *Ars Moriendi* son un ejemplo de esta pervivencia. El autor explica cómo estos tratados continúan durante el siglo XVI y destaca, por ejemplo, el de Alejo de Venegas, publicado en 1537, en Toledo. Con el Concilio de Trento, los *Ars bene moriendi* se multiplicarán, de la mano de los órdenes mendicantes y los jesuitas.

Sin embargo, el autor advierte que no hay que considerar estos tratados de la Buena Muerte como un reflejo inequívoco de la realidad. “*Su contenido es sólo un modelo ideal al que los promotores del género, fundamentalmente eclesiásticos, querían que se ajustasen los comportamientos colectivos.*”⁴⁶

Por otro lado, los *Ars Moriendi* coinciden con el proceso religioso que se vive en la Iglesia desde el siglo XIII, de dar más participación a los laicos, y no tacharlos de pecadores y condenados, por el hecho de no tomar los votos. Así lo explica Swanson, quien afirma que hasta 1300, la idea de la Buena Muerte estaba reservada para los santos, y a partir de entonces se ‘democratiza’⁴⁷. El desarrollo del *Ars Moriendi* en el

⁴⁴ Infantes, Víctor; *Las Danzas de la Muerte. Génesis y desarrollo de un género medieval (siglos XIII-XVII)*, pág. 84

⁴⁵ Martínez Gil, Fernando; *La Muerte Vivida*, pág. 153

⁴⁶ Martínez Gil, Fernando; *Del modelo clerical a la Contrarreforma: la clericalización de la muerte*, pág. 221.

⁴⁷ Swanson, R. N.; *Religion and devotion in Europe. 1215-1515*, Cambridge Medieval Texts Books, Cambridge University Press, 1995, pág. 202

siglo XV, llega a reafirmar la idea de que, si bien no todos somos santos, todos podemos aspirar a morir como ellos, si seguimos los consejos del Manual, que procuran la tranquilidad y el estado de Gracia del moribundo.

Alberto Tenenti explica cómo dentro de esta nueva sensibilidad cristiana que está surgiendo, el *Ars Moriendi* se inscribe dentro de esta tendencia a subrayar lo inevitable que es la muerte, lo corruptible que es el cuerpo humano y lo fugaz de la vida terrenal, subrayando la descomposición física. Una nueva sensibilidad, donde los laicos participan activamente y estos Tratados tienen una función claramente pedagógica, ya que es importante enseñar a los laicos la correcta doctrina y la conducta ideal que debe tener un cristiano, evitando así que caiga en herejías, desviaciones y, lo más grave, que se condene. Así, la obra de Gerson y los *Ars moriendi* demuestran una mayor preocupación de los miembros del Clero para procurar la asistencia de los moribundos, además de presentar un sentido de la muerte más profundo.⁴⁸

Para Philippe Ariès, los *Ars Moriendi*, junto a las Danzas de la Muerte y todas las representaciones que se hacen sobre la muerte en el siglo XV, corresponden a la evolución de un proceso ocurrido a lo largo de toda la Edad Media y reflejado en el arte. Así, en torno al año mil, surge la figura del Cristo Glorioso del Apocalipsis acompañado por los resucitados, a los que desde el siglo XII se dividirá entre bienaventurados y condenados, para luego en el XIII centrar la preocupación en el Juicio Final. Idea que concuerda con la aceptación que va adquiriendo la idea del Purgatorio y la noción de concebir la resurrección y el Juicio como dos momentos separados. Ello haría que el momento mismo de la muerte fuera cobrando cada vez más importancia.⁴⁹

⁴⁸ Tenenti, Alberto; *Il senso della morte e l'amore della vita nel Rinascimento*, Ed. Giulio Einaudi, Turín, 1989, pág. 67

⁴⁹ Ariès, Philippe; *El hombre ante la muerte*, pág. 92-96

